

10ª SESION ORDINARIA DEL 20 DE SETIEMBRE DE 1880

PRESIDENCIA DEL DOCTOR PERALTA

SUMARIO—Asuntos entrados—Despacho de las comisiones—A indicacion del señor Rojas (A.) la Cámara resuelve constituirse en Comision para considerar los proyectos de ley, en revision, sobre Capital de la República y Convencion Nacional—Constituida nuevamente en Cámara, se aprueban esos proyectos—A indicacion del señor Serú, se considera sobre tablas y se aprueba el proyecto de ley, en revision, derogando la que designó el pueblo de Belgrano, para residencia de las autoridades nacionales—A indicacion del señor Dávila, se considera sobre tablas y se aprueba el proyecto de ley, presentado por el señor Quinteros, sobre refacciones en la casa en que se juró la independencia de la República—A indicacion del señor Serú, se considera sobre tablas y se aprueba el proyecto de ley acordando una suma al municipio de Belgrano.

PRESENTES

Presidente
Achaval
Acuña (J.)
Acuña (P.)
Andrade
Astigueta
Avellaneda
Borcs
Bonquet
Bustamante
Calderon
Castellanos
Chavarria
Corvalan
Cornet
Dávila
De la Puente
Funes
Galindez
Gil Navarro
Larguia
Lopez
Lugones
Mallea
Ocampo
Olivera
Olmedo
Pintos
Pereira
Plaza
Pizarro
Quinteros
Reyna
Rojas (A.)
Rojas (A. D.)
Saravia
Serú
Sosa
Santillan
Tagle
Tedin
Tezanos Pinto
Vega
Vioyra
Videla
Villanueva
Yofre
Zapata
Zavalla
CON LICENCIA
Marengo
Iramain

En Belgrano, á 20 de Setiembre de 1880, reunidos en su sala de sesiones los señores Diputados al margen inscriptos, el señor Presidente declara abierta la sesion.

ACTAS

Se lee y aprueba las de las dos sesiones anteriores.

ASUNTOS ENTRADOS

Se lee como sigue:

Belgrano, Setiembre 17 de 1880.

Al H. Congreso de la Nacion.

El Poder Ejecutivo tiene el honor de remitir á V. H., á fin de que puedan ser considerados con la brevedad que el caso requiere, la adjunta nota y decreto espedito por el Comisionado Nacional en la Provincia de Buenos Aires, en cumplimiento de la resolucion que dispone la eleccion de Diputados Nacionales por esta Provincia, para integrar su representacion en el Congreso.

Dios guarde á V. H.

N. AVELLANEDA.

B. ZORRILLA.

(Comision de Negocios Constitucionales.)
Belgrano, Setiembre 15 de 1880.

Al Honorable Congreso de la Nacion.

El P. E. tiene el honor de dirigirse á V. H. pidiéndole se sirva tomar en consideracion los siguientes asuntos pertenecientes al Ministerio de Relaciones Exteriores y que le fueron sometidos en distintas fechas.

Tratado de Estradicion, de Amistad, Comercio y Navegacion y Convencion Consular con Portugal, elevado en Mayo de 1879.

Tratado de Estradicion con la

CON AVISO

Garcia
Mendoza

República Oriental del Uruguay, sometido á V. H. con fecha 31 del mismo mes y año.

Protocolo celebrado con el Imperio del Brasil, esplicatorio del articulo 9, del tratado de amistad, comercio y navegacion, relativo á la entrega de soldados y marineros desertores, remitidos á V. H. el 21 de Julio de dicho año.

Protocolo concluido con el representante de los Estados Unidos de Norte-América, sometiendo á arbitraje la reclamacion de la familia Hale, del cual debia ocuparse este año, segun comunicacion del señor Presidente de la Cámara de Diputados, de 5 de Octubre de 1879.

Convencion de arqueo con Suecia y Noruega elevada á la consideracion del Honorable Congreso el 20 de Mayo de 1879, y el proyecto de organizacion del Cuerpo Consular, sometido á V. H. con fecha 4 de Setiembre del año ppdo.

El P. E. espera que, dada la importancia de cada uno de los asuntos que menciona, no tardará V. H. en prestarle su atencion, á fin de que puedan llenar los objetos á que estos están destinados.

Dios guarde á V. H.

N. AVELLANEDA.
B. ZORRILLA.

(Comision de Negocios Exteriores.)

Buenos Aires, Setiembre 3 de 1880.

Al Honorable Congreso de la Nacion.

El Poder Ejecutivo resolvió imputar provisoriamente á los Eventuales del Presupuesto de Relaciones Exteriores la cantidad necesaria para el pago de los sueldos que correspondian al señor Dr. D. Juan B. Alberdi, como representante de la Nacion en el Exterior hasta el año 1862.

Hoy necesita este Departamento la suma indicada que es \$ 4.425-86 cts., para atender otros gastos que le son indispensables.

El Poder Ejecutivo solicita pues de V. H. se sirva acordar un crédito suplementario por la suma mencionada y cree que V. H. no tendrá inconveniente alguno en concederlo, dadas las circunstancias que lo motivan.

Dios guarde á V. H.

N. AVELLANEDA.
B. ZORRILLA.

(A la Comision Auxiliar de Presupuesto.)

Belgrano, Setiembre 15 de 1880.

Al Honorable Congreso de la Nación.

Hay verdadera urgencia para los intereses fiscales y comerciales, en dotar á los puertos de la República de muelles seguros, que faciliten la carga y descarga de mercaderías y frutos del país.

El puerto de San Nicolás de los Arroyos, el tercero de la República, necesita un muelle que sirva eficazmente al movimiento importante y siempre creciente de su tráfico, sobre todo, en cuanto á la exportacion de nuestros productos.

En nombre de estas conveniencias, el P. E. tiene el honor de someter á V. H. el adjunto proyecto de ley, esperando que sea estudiado con la consideracion debida.

N. AVELLANEDA.

CÁRLOS PELLEGRINI.

(Comision de Obras Públicas.)

Belgrano, Setiembre 17 de 1880.

Al Honorable Congreso Nacional.

El P. E. comisionó al Ingeniero mecánico del Parque, D. Jorge Miles, para que se trasladara á Europa y adquiriese las máquinas y útiles necesarios á fin de poner al Parque de Artillería Nacional, en aptitudes de responder á todas las exigencias del ejército.

El ingeniero Miles ha regresado y la maquinaria comprada está ya en parte en esta ciudad, y el resto llegará en breve tiempo.

Hay que instalar con ellas el taller de construccion de armas de infanteria, el de fundicion de cañones y el de laminacion de metales para cartuchos metálicos, ensanchar los de carpinteria, herreria, armeria y fabricacion de cartuchos.

Para esto se hace necesario ocupar el local destinado al depósito de armas, que á su vez es insuficiente hoy para contener el armamento nuevamente adquirido, cuyas primeras remesas han llegado últimamente.

Con este objeto, el P. E. considera de urgente necesidad proceder á la construccion de un depósito de armas, donde se trasladarán todas las que actualmente existen en el Parque y las que están próximas á llegar, á fin de destinar á talleres todo el edificio del Parque actual. Con esto y con la traslacion del taller de construccion de cartuchos metálicos, á la fábrica de pólvora, cuya construccion empezará en breve, por estar ya en viaje toda la maquinaria comprada en Europa, podrá atenderse debidamente á todas las exigencias del ejército respecto á armamento y municion.

En virtud de estas consideraciones, el P. E. solicita de V. H. la sancion del adjunto proyecto de ley.

Dios guarde á V. H.

N. AVELLANEDA.

CÁRLOS PELLEGRINI.

PROYECTO DE LEY

Art. 1º Autorízase al P. E. para invertir hasta veinte mil pesos fuertes (\$ 20,000) en la construccion de depósitos para armamento.

Art. 2º Comuníquese, etc.

CÁRLOS PELLEGRINI.

(A la Comision de Obras Públicas.)

Belgrano, Setiembre 15 de 1880.

Al Honorable Congreso de la Nación.

En cumplimiento de lo dispuesto por la ley de 4 de Octubre de 1878, el P. E. mandó practicar por el Departamento de Ingenieros Civiles y eleva á la consideracion de V. H. los estudios relativos á la construccion de dos nuevos caminos carreteros en la provincia de Córdoba y la Rioja.

Dios guarde á V. H.

N. AVELLANEDA.

B. ZORRILLA.

(Resérvese en Secretaria.)

Belgrano, Setiembre 11 de 1880.

Al Honorable Congreso de la Nación.

En cumplimiento de lo dispuesto por la ley de 4 de Octubre de 1878, el P. E. tiene el honor de remitir á V. H., los estudios practicados por el Departamento de Ingenieros Civiles, para conducir las aguas del dique, desde el «Potrero de Funes» á la ciudad de San Luis.

Dios guarde á V. H.

N. AVELLANEDA.

B. ZORRILLA.

(Resérvese en Secretaria.)

Belgrano, Setiembre 18 de 1880.

Al Señor Presidente de la Honorable Cámara de Diputados.

Tengo el honor de acompañar para la revision de la Honorable Cámara, el proyecto de ley sancionado por la que presido, declarando Capital de la República el municipio de la ciudad de Buenos Aires, bajo sus límites actuales.

Dios guarde al Señor Presidente.

A. DEL VAVVE.

B. Ocampo,

Pro-Secretario.

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados.

Art. 1º Declárase Capital de la República, el municipio de la ciudad de Buenos Aires, bajo sus límites actuales.

Art. 2º Todos los establecimientos y edificios pú-

blicos situados en el municipio, quedarán bajo la jurisdiccion de la Nacion, sin que los municipales pierdan por esto su carácter.

Art. 3º El Banco de la Provincia, el Hipotecario, y el Monte-Pio permanecerán bajo la jurisdiccion y propiedad de la Provincia, sin alteracion á los derechos que á esta correspondan.

Art. 4º La Provincia mantendrá igualmente la administracion y propiedad de sus ferro-carriles y telégrafos, aunque empiece su araque en el Municipio de la Ciudad, conservando así mismo la propiedad de los demás bienes que tuviese en él.

Art. 5º La Nacion tomará sobre sí la deuda exterior de la Provincia de Buenos Aires, previos los arreglos necesarios.

Art. 6º El Gobierno de la Provincia podrá seguir funcionando sin jurisdiccion en la ciudad de Buenos Aires, con ocupacion de los edificios necesarios para su servicio, hasta que se traslade al lugar que sus leyes designen.

Art. 7º Mientras el Congreso no organice en la Capital la Administracion de justicia, continuarán desempeñándola los juzgados y tribunales provinciales con su régimen presente.

Art. 8º Esta ley solo regirá una vez que la Legislatura de Buenos Aires haya hecho la cesion competente, prestando conformidad á sus cláusulas, con arreglo á lo dispuesto en el art. 3º de la Constitucion Nacional.

Art. 9º Comuníquese.

Sala de Sesiones, del Senado Belgrano Setiembre 18 de 1880.

A. DEL VALLE.

B. Ocampo,

Pro-Secretario.

(A la Comision de Negocios Constitucionales)

Belgrano, Setiembre 18 de 1880.

Al señor Presidente de la Honorable Cámara de Diputados.

Tengo el honor de remitir á esa Honorable Cámara, el proyecto de ley de Convencion Nacional, sancionado por la que presido, en sesion de esta fecha.

Dios guarde al señor Presidente.

A. DEL VALLE.

B. Ocampo,

Pro-Secretario

PROYECTO LE LEY

El Senado y Cámara de Diputados etc.

Art. 1º Si hasta el 30 de Noviembre próximo, la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, no hubiese hecho la cesion de que habla la ley de capital de la República, el Poder Ejecutivo convocará una Convencion Nacional á objeto de reformar el artículo tercero de la Constitucion designando en él la Capital perma-

nente de la República y á mas el artículo ciento cuatro de la misma, en su segunda parte.

Art. 2º La Convencion se reunirá en la ciudad de Santa Fé, el 1º de Febrero del año próximo de mil ochocientos ochenta y uno, y se compondrá de un número de Convencionales igual al de Diputados que manda cada Provincia al Congreso Nacional.

Art. 3º Las elecciones se verificarán el último domingo de Diciembre, con sujecion á la ley nacional de elecciones y de conformidad en cuanto á los términos que ella señala, á la Ley de veintidos de Julio del presente año.

Art. 4º Para ser elegido Convencional, se requieren las mismas condiciones que las establecidas para ser Diputado al Congreso, no siendo incompatible el cargo de Convencional con el de miembro de los Poderes Ejecutivo, Legislativo ó Judicial de la Nacion, ó de las Provincias.

Art. 5º Los Convencionales gozarán de la compensacion de setecientos cincuenta pesos fuertes por una sola vez y además el viático, en la proporcion que lo reciben los miembros del Congreso.

Art. 6º Queda autorizado el Poder Ejecutivo para hacer los gastos que exige el cumplimiento de la presente ley.

Art. 7º Comuníquese.

Sala de Sesiones del Senado. Belgrano 18 de Setiembre de 1880.

A. DEL VALLE.

B. Ocampo,

Pro-Secretario.

(A la Comision de Negocios Constitucionales)

Sr. Rojas (A.)—Pido la palabra.

Los dos proyectos de que acaba de darse cuenta por Secretaría, sancionados por el Honorable Senado y remitidos para su revision á esta Honorable Cámara, son de tal naturaleza que, á mi juicio, la Cámara no procedería bien, si por cualquier causa retardara la sancion de ellos.

El país entero, tiene su vista fija sobre este recinto y espera ansioso la resolucion de esta grave cuestion.

Los proyectos sancionados por el Senado, satisfacen en mi concepto, esta ansiedad pública, llenando así la aspiracion nacional; y están concebidos en términos que puede decirse que garánten al país la estabilidad de sus instituciones y la paz mas perfecta. Son proyectos que no requieren mayor estudio y sobre los cuales, puede decirse, no cabe discusion, porque no puede discutirse si es ó no conveniente dar á la Nacion su capital permanente, porque esto seria discutir si conviene ó no que el país se organice definitivamente.

Por estas razones, me permito pedir á la Honorable Cámara se sirva aceptar la mocion que voy á hacer, que consiste en que la Cámara se constituya en

comision y trate estos dos proyectos en la presente sesion.

(Apoyado.)

Sr. Presidente—Estando apoyada esta mocion, está en discusion.

Sr. Bustamante—Se trata, Sr. Presidente, de una cuestion sumamente grave, y aun cuando como ha dicho el Sr. Diputado por Santiago, está ya en la conciencia de esta Cámara y de todo el pais, mas ó menos, cual ha de ser su solucion, no seria posible tratarla sobre tablas, por que talvez todos los señores Diputados no habrán hecho el estudio necesario para ocuparse de ella.

Sr. Rojas (A.)—Seria un crimen el no estar preparados.

Sr. Bustamante—No he concluido y estimaria mucho al Sr. Diputado se sirviera no interrumpirme.

Por mi parte, Sr. Presidente, yo declaro que, ajeno completamente al propósito revelado por el Sr. Diputado por Santiago, no me he tomado el tiempo necesario para poder darme cuenta de una cuestion tan trascendental y que tantos intereses afecta.

Ademas, aun cuando estoy de perfecto acuerdo con el Sr. Diputado mocionante y con el proyecto en general, desearia proponer á la Honorable Cámara una modificacion en uno de sus artículos en particular, modificacion que no estoy preparado, por las mismas razones que he dado antes, para fundar y sostener en el debate.

En virtud de estas razones, me he de oponer y he de votar en contra de la mocion que ha hecho el Sr. Diputado.

Sr. Rojas (A.)—Es para que se trate en comision.

Sr. Bustamante—Perfectamente.

Sr. Funes—El Sr. Diputado mocionante ha hecho presente que es una cuestion generalmente conocida de todos los Srs. Diputados. Puede ser que haya alguna escepcion.

Es un asunto que hace muchos años se viene tratando; es la aspiracion del pais, como ha dicho el Sr. Diputado, fijar la capital permanente de la República.

Anteriormente se habia sentido, que existian aspiraciones estrechas, espíritu de localismo, que desgraciadamente han estraviado la opinion; pero, felizmente, parece que, aleccionada por la historia de los últimos sucesos que han tenido lugar, la opinion pública ha comprendido los intereses legitimos, y quiere que se designe y fije ya la capital, concluyendo con este motivo de desunion, esperando que la Nacion entre en la senda que corresponde al gran porvenir que le deseamos.

El señor Diputado por Jujuy tiene sus escrúpulos: no conoce perfectamente la cuestion; no ha creido que tan pronto se le fuera á dar solucion. Está bien; mas

por eso el Diputado mocionante dice: *en Comision*, no sobre *tablas*. Entónces el señor Diputado puede tomar el proyecto y examinarlo. Yo lo considero con bastante capacidad para esponder sus ideas convenientemente, proponiendo las reformas tales ó cuales: no es preciso grandes argumentos, porque entre gentes que son instruidas, la razon de suyo se hace ver con palabras sencillas. Es cierto que el señor Diputado talvez tendria mas facilidad para esponder sus ideas dándole mas tiempo para prepararse: podria fundarla con mas erudicion, no con mas fuerza. Dada la gran importancia de este asunto y el gran interés que hay en que se despache cuanto antes, constituyéndonos *en Comision*, se satisfacen los deseos de los señores Diputados que quieren tomar parte en la discusion.

Sr. Presidente—Si no se pide la palabra, se votará la mocion del señor Diputado por Santiago, para que la Cámara se constituya en Comision y discuta el proyecto de que se ha dado cuenta.

Se vota y resulta afirmativa de 46 votos contra 4.

Sr. Presidente—La Cámara procederá á declarar si continúan el Presidente y secretario actuales.

Sr. Rojas (A.)—Antes voy á hacer una indicacion.

La Comision de Negocios Constitucionales tiene á su estudio un proyecto relativo al mismo asunto, y pediria que la Cámara lo traiga á sí para estudiarlo tambien en Comision.

Pediria tambien que el señor Secretario diese cuenta de los asuntos entrados, antes de constituirse la Cámara en Comision.

Sr. Presidente—Asi se hará.

Se vá á dar cuenta de los asuntos entradas y, en seguida, se votará si continúan el Presidente y Secretarios actuales.

Signiúse leyendo:

Buenos Aires, Setiembre 9 de 1880.

Al señor Presidente de la Cámara de Diputados.

Tengo el honor de remitir á esa Honorable Cámara, para su revision, el proyecto de ley sancionado por el Senado en sesion de hoy, por el que autoriza al Poder Ejecutivo para invertir hasta la suma de pf. 60,000 en la terminacion del edificio destinado para la Academia de Córdoba.

Dios guarde al señor Presidente.

BENJAMIN PAZ.

B. Ocampo.

Pro-Secretario.

(A la Comision de Obras Públicas.)

Belgrano, Setiembre 9 de 1880.

El señor Presidente de la H. Cámara de Diputados.

Tengo el honor de remitir á esa Honorable Cámara, para su revision, el proyecto de ley sancionado por el Senado en sesion de hoy, por el cual se abre un crédito

una cantidad para que se hiciese el estudio de ese canal, su presupuesto y gastos consiguientes.

Se mandó practicar ese trabajo el año pasado y el Departamento de Ingenieros ha verificado el estudio que se presenta hoy por el Poder Ejecutivo.

El gasto calculado en la construccion del canal es, poco mas ó menos, de cincuenta mil pesos, incluyendo un depósito que se hace en la parte superior de la ciudad para hacer la provision inmediata del agua.

La conveniencia ó necesidad de este proyecto, es concluyente.

Si se necesitasen despues algunos detalles, tendria la oportunidad de dárselos á la Comision y á la misma Cámara.

Por eso, omito otras consideraciones y pido á mis honorables cólegas el apoyo suficiente para que pase á Comision.

(Apoyado).

Sr. Presidente—A la Comision de Obras Públicas.

DESPACHO DE LAS COMISIONES

Se dá cuenta haberse espedido la Comision de Obras Públicas:

En el proyecto del Sr. Diputado Rojas (A) relativo á estudios de un ramal del ferro-carril Central Norte á Santiago del Estero.

En la solicitud de los señores Languen y Bordes, pidiendo privilegio para el establecimiento de un tramway en el muelle de pasajeros en Buenos Aires.

En la de los señores Whistle y C^a, referente á la canalizacion del canal del Infierno, al norte de Martin Garcia.

En el proyecto de los señores Diputados Dávila y San Roman, relativo á la construccion de un tramway en el mineral de Famatina.

Sr. Presidente—Se imprimirán y repartirán.

CONSTITUCIÓN DE LA CÁMARA EN COMISION

(Question Capital)

Sr. Presidente—Para que la Cámara se constituya en Comision, es necesario que nombre un Presidente y un Secretario

Sr. Gil Navarro—Hago mocion para que continúe presidiendo el mismo señor Presidente y actuando el señor Secretario, si no se hace oposicion.

(Asentimiento tácito).

Sr. Presidente—Bien. Se votará si se guarda la unidad del debate.

Se practicó la votacion y resultó afirmativa.

(En seguida toma la palabra el Señor Ministro de Guerra y Marina, Dr. Pellegrini. No se publica su discurso, por no haberlo devuelto á la oficina de taquígrafos).

Sr. Olmedo—Pido la palabra.

Voy á entrar en el debate con la timidez natural

del que hace sus primeras armas en las lidis parlamentarias, y del que encara una cuestion tan agotada ya, tan árdua de suyo, y tan dilucidada por los primeros hombres que cuenta la República.

Pero, tengo la necesidad de expresar en el seno de esta Honorable Cámara, toda la sinceridad de mis convicciones, y toda la verdad que encierra mi alma; y pido á mis cólegas que, tan grande como sea mi insuficiencia, sea la benevolencia con que me escuchen, y me escusen los errores de forma y de fondo en que pueda incurrir. Es á la clemencia de ellos, que me abandono.

Señor Presidente; no hace á mi juicio, setenta años que venimos luchando para establecer la capital definitiva de la República. Es una fecha mucho más remota, es la fecha en que Buenos Aires se hizo por la fuerza de las cosas la capital del Vireynato. Y digo, que es desde esa fecha, porque no hay solucion de continuidad en la historia de los pueblos; y la capital de la República Argentina, es decir, la capital de este pueblo que hoy se llama República Argentina, y que entónces se llamaba colonia española, es un hecho fatal en su historia, como en la historia de todos los pueblos.

Pero, si la aspiracion era una, los móviles y los fines de esa gran aspiracion debian ser distintos, una vez que las instituciones que regían las Colonias ó el Vireynato, y las instituciones que rigen una República Federal son diametralmente opuestas.

Señor Presidente: durante setenta años de lucha, en que se ha derramado á torrentes la sangre argentina, ha flotado sobre todas las pasiones bastardas una idea superior, que era el gran *desideratum* de todos los hombres de corazon.

Ese *desideratum*, es hacer de la República una gran Nacion. Ese *desideratum*, estaba vinculado, sintetizado, en esta cuestion de la capital definitiva de la República.

Setenta años de lucha, doscientos años de historia colonial, no han sido suficientes á dejar clara é indiscutiblemente probado, cual fuera la capital más conveniente de la República.

Este es mi juicio, señor Presidente.

Mucho se ha dicho para probar lo fatal, lo indispensable que es fijar el asiento de las autoridades nacionales en la ciudad de Buenos Aires. Y sobre todo, se ha dado vuelta al derredor de esta idea: de que Buenos Aires es la capital histórica de las provincias del Rio de la Plata.

A mi juicio, se ha incurrido en un error muy grave. La capital histórica no es la metrópoli del vireynato por que la capital histórica de una república no puede ser la capital de una colonia; porque hay impropiedad, hay hasta cierto punto inhabilidad, para que, la que

estaba acostumbrada á ser el asiento de un gobierno despótico, sea el asiento del gobierno de la libertad.

Señor Presidente, yo voy á votar en favor de la capital en Buenos Aires; y voy á votar en favor de ella, porque yo quiero antes que todo, que demos solucion á esta cuestion.

Pero, yo no creo que la capital ideal es Buenos Aires;—y mal que pese á muchos de mis cólegas—yo tengo que declarar con toda la franqueza de mi alma, que esta falta de concenso no es individual, es de la República toda.

El pueblo argentino en su inmensa mayoria, no ha querido nunca que su capital sea Buenos Aires. Lo debo declarar lealmente, por dos razones.

Primero, porque así sirvo mi conviccion individual; y segunda, por que, en este día memorable, cuando tratamos esta cuestion que vá á decidir para siempre de todos los grandes intereses de la Nacion, debemos ser completamente francos, dar toda la posible solemnidad al debate, y hacer que se declare la capital en Buenos Aires, pasando sobre todas estas razones, que si han sidas buenas, han perdido toda su oportunidad; que si han sido bastantes para dividir los corazones de los argentinos, han cesado de dividirlos, debido á los últimos acontecimientos cuya primera consecuencia, quizás ha sido demostrar que no hay otra capital posible sino la ciudad de Buenos Aires.

Bien pudiéramos haber buscado efectivamente la capital de la República, su capital geográfica, en uno de los pueblos mediterráneos, en la capital de una Provincia que estuviese en el centro de la República, que pudiera irradiar á todos lados los elementos, la fuerza, las luces de la Nacion, agrupados en la capital del país: que niciera igual y sensible para todos los argentinos el poder del gobierno federal. Esa capital habria sido Córdoba, por ejemplo.

Bien pudiéramos tambien, haber procurado el equilibrio del litoral argentino, y haber fijado la capital de la República en la ciudad del Rosario.

Habrian razones de otro género para que no se pensara con anhelo en la ciudad de Buenos Aires, para que se sintieran temores muy fundados de que la capital en esta ciudad no fuera la obra duradera del tiempo, sino una solucion inconsistente.

Señor Presidente, yo amo á Buenos Aires. No me dominan ni me han dominado nunca los viejos odios, ni las mezquinas rivalidades. Yo amo á Buenos Aires, la transparencia de su atmósfera, la pureza de su cielo, la majestad de su rio. Pero, sobre todas estas consideraciones de simpatía que me son individuales, se levanta para mí el sentimiento nacional. Amo más la Nacionalidad Argentina; y no quiero que mañana, en el día de las responsabilidades, pese sobre mí la de haber ocultado toda la conviccion que me anima, toda la razon que creo me asiste, para decir que—la

Capital en Buenos Aires, no es la solucien ideal de la República Argentina.

Señor Presidente, decia y no lo dije yo, el primero; grandes publicistas, entre ellos el Dr. Alberdi, lo han dicho con palabras inolvidables: No es la Capital del Vireynato, del gobierno absoluto, la buena, la única, la sindicada para ser capital de un pueblo libre; no son tampoco las grandes ciudades las que están destinadas fatalmente á ser la capital de un pueblo. Y si esto sucede en el mundo europeo, es por una razon muy óbvia y muy fundamental: porque se necesitan capitales que respondan á esta idea suprema de aquellas sociedades—á la idea de la centralizacion.

Porque el gobierno de un hombre, su soberanía absoluta, hace necesaria tambien la reconcentracion de todas las fuerzas vivas de la nacion en un solo centro. Es porque los gobiernos teocráticos, monárquicos, absolutos, necesitan de las grandes ciudades como única fuente de poder suficiente para ahogar las libertades del resto de la nacion. Por eso, Roma es la capital de Italia y lo fué del mundo antiguo. Por eso Paris ha sido y es la capital de Francia. Por eso, por una razon contraria, Washington es la capital de los Estados Unidos del Norte. Por eso, nosotros deberíamos buscar una capital á crear, ó tomar por capital una ciudad que por sí sola no fuera capaz de contrapesar la influencia, el poder moral y material del resto de la Nacion.

Por eso, Señor Presidente, nosotros podríamos temer con muy fundados motivos, que Buenos Aires, tan grande, tan rica, tan poderosa, dominando por sus luces, por su espíritu eminentemente revolucionario — iba á decir demagójico — dominando decia, los consejos supremos del Gobierno de la Nacion, pesaría como una montaña sobre sus demás hermanas y no sería la capital de la Nacion, sinó Buenos Aires disfrazado, dominando al resto de la República.

Señor Presidente—los últimos acontecimientos han probado esta verdad—que cuando se levanta la bandera de Buenos Aires, aun cuando sea contra la Nacion, la bandera de Buenos Aires es popular, desde la Plaza de la Victoria, hasta el Arroyo del Medio. No hay que negarlo, son hechos indiscutibles que los ha presenciado todo el mundo.

Era un partido relativamente diminuto el que rodeaba á la autoridad, el que iba á prestarle sus elementos de fuerza y de virilidad. La gran mayoria del pueblo de Buenos Aires, la gran mayoria de la ciudad de Buenos Aires, sostenian la causa que se llamaba «de la defensa,» «de la resistencia.» Y en esto, los movimientos del espíritu de este pueblo, eran semejantes á los de la Roma del Bajo Imperio. En medio de tanto refinamiento, en medio del sibaritismo y del placer, se pensaba con horror en los *Barbaros del Norte*, en los *conquistadores á lo Attila*.

Se pensaba que íbamos á sembrar la ruina, la desolacion y el incendio; y ha sido necesario el inmenso poder moral de la Nacion, para contrarrestar esta opinion unánime y obcecada que se levantaba, resistiendo ¿qué? No un Presidente, no una eleccion; sabemos todos que todas nuestras elecciones y las de las paises mas libres tienen mas ó menos sus vicios: era resistiendo el predominio que queria retener. Por que la cuestion capital siempre ha sido cuestion de predominio y antagonismo. Es por esa razon, que la capital de Buenos Aires era combatida y lo ha sido por tantos años. Y por esa razon es, que Buenos Aires, no es la capital ideal del pueblo argentino. Tengo la franqueza de sostenerlo, porque lo creo: el pueblo argentino en su inmensa mayoría, no quiere la capital en Buenos Aires. Pero el pueblo argentino en su inmensa mayoría tambien, comprende y nosotros tenemos el honor de hacernos sus intérpretes, que en las circunstancias actuales no hay otra capital posible que Buenos Aires.

Señor Presidente, hay una aspiracion suprema en el país; es la aspiracion de estender la grandeza de nuestro pueblo, la magestad de nuestro pabellon, el poder incontrastable de nuestro progreso fuera de las fronteras de la República. Y ante esta suprema aspiracion, ante esta ambicion de esteriorizar, por decirlo así, nuestra política, hemos sofocado los conflictos, y los antagonismos internos han sido acallados.

Los últimos acontecimientos han sido una prueba decisiva y han dejado lecciones fecundas, respecto de que el poder de la Nacion es incontrastable y de que, por poderoso que sea el que se levante contra él, ha de caer vencido á sus plantas, encaminándose esta cuestion á un desenlace que pudiera llamarse empujado por la política exterior de la República.

El propósito que á todos nos anima, ántes que todo, señor Presidente, es mantener viva toda la fuerza de la Nacion, condensarla, acrescentarla, y mostrarnos ante nuestros vecinos y el mundo todo, fuertes, viriles, capaces de soportar las asechanzas de nuestros enemigos y repelerlas; dejando así demostrado, que si hemos sido bastante abnegados y fuertes para emanciparnos, somos avaros en mantener las gloriosas tradiciones que nos legaron nuestros padre, la libertad que ellos nos dieron, y asegurar para siempre los beneficios de la prosperidad y de la paz, á que son tan acreedores los hijos de este suelo privilegiado, señores de tan inmensas riquezas y dotados de un espíritu tan flexible, tan dúctil, tan rico en grandes y generosas ideas, que nos hace figurar con ventaja á un pueblo tan jóven como nosotros, entre las grandes naciones de la tierra.

Hay una razon más, señor Presidente, que obra de una manera eficaz en mí espíritu, para votar en favor de este ley de capital en Buenos Aires.

Es una razon de partidario. No me avergüenzo, ni escuso declararlo así, porque es necesario que los que tenemos un asiento en esta Cámara, digamos lo que sentimos con toda nuestra franqueza,—sin pretender que hemos dejado á la puerta nuestras afecciones y nuestras antipatías.

Señor Presidente, se inaugura muy pronto una nueva presidencia; un nuevo gobierno creado por el esfuerzo comun del Partido Autonomista, y especialmente por el Partido Autonomista del interior de la República—que no ha claudicado en los dias de prueba; que no ha flaqueado en los momentos supremos, como con raras escepciones ha sucedido con el Partido Autonomista de la provincia de Buenos Aires.

El Partido Autonomista tiene esta suprema aspiracion: que el general Roca, en quien vincula y sintetiza sus grandes aspiraciones de porvenir y de grandeza para el país, gobierne desde Buenos Aires, emporio de riquezas y esplendor, de que rodée el poder de su gobierno con todos los prestigios de la opinion de Buenos Aires, y que muestre, señor Presidente, que es bueno uno de aquellos *leaders* ó *pioneers* del interior, para gobernar la República desde la plaza de la Victoria.

Por estas razones, he de votar en favor del proyecto de Capital, y acompaño al señor Ministro en su voto expresado ante la Cámara. Yo creo que para responder á la magnitud de la cuestion de que tratamos; para ponernos á la altura de los acontecimientos que vamos á sellar, debemos votar esta ley por aclamacion.

Así habremos radicado la grandeza de la Nacion; habremos asegurado su paz interna, nos habremos elevado ante el mundo exterior; y podremos mañana ya que hemos ocupado el Rio Negro y asegurado nuestras fronteras, avanzar sobre la Patagonia, llegar hasta el Estrecho, y hacer que no sea la propiedad de una nacion, sino el canal por donde se comuniquen dos grandes fuerzas, la Europa y los Estados Sud-Americanos.

Haremos que el Estrecho de Magallanes no sea argentino, ni chileno, sino que sea Sud-Americano, mejor dicho, universal, y lo habremos asegurado para el comercio libre del mundo entero. Así tambien, seguiremos las huellas de nuestros padres, traspasaremos los Andes y echaremos nuestros brazos de acero sobre sus altas cumbres, llevando el ferro-carril transandino hasta la República vecina. Así nos libraremos de todas las asechanzas del exterior, de todas las conmociones internas, y habremos, como ha dicho el señor Ministro, con elocuentísima palabra, fijado para siempre, de una manera inconvencible en las mas altas cumbres de la historia, este pabellon inaccesible, este pabellon azul y blanco, que tantas victorias ha

cubierto con su sombra, y que tantos millones de habitantes hará mas tarde felices bajo de eila.

He dicho.

Sr. Gil Navarro—Yo no habia pensado, señor Presidente, tomar la palabra, porque como ha dicho el señor Ministro, hablar en este asunto para probar la conveniencia de la Capital en Buenos Aires, seria predicar á convertidos.

Pero el señor Diputado que deja la palabra, creo que ha padecido un error y esto me obliga á hacer uso de la palabra para rectificar. El ha citado en apoyo de sus ideas y en varios puntos de su discurso al doctor Alberdi, diciendo que este eminente publicista era opuesto, ó no opinaba que la Capital de la República debia ser Buenos Aires.

Señor Presidente, solo por un error ó por un olvido ha podido decir tal cosa el señor Diputado que deja la palabra. Precisamente para fundar de un modo evidente y de una manera incuestionable los argumentos que se hacen en favor de la conveniencia de la Capital en Buenos Aires, el Dr. Alberdi escribió un libro hace muchos años. Tengo la suerte de tener en mis manos en este momento ese libro, para probar lo que digo.

En ese libro profetizó el doctor Alberdi todo lo que habia de suceder y está sucediendo en Belgrano, y concluye diciendo, que vendria un dia, bajo circunstancias imprevistas hasta entónces, y que tendrian lugar grandes acontecimientos que harian resolver la cuestion de la Capital permanente de la República. Y agregaba con profética conviccion, que esa capital debia ser la capital de la tradicion: Buenos Aires.

En vez de pedir indulgencia á la Cámara para que escuche un discurso mio, voy á pedir permiso para que se lea lo que el doctor Alberdi profetizó hace 20 años, y que es lo que sucede. Prestijiando siempre la idea de la Capital en Buenos Aires por las conveniencias, por la ley, por la razon misma del progreso de la República Argentina, el Dr. Alberdi se muestra radical en su opinion.

El señor Diputado que ha invocado al Dr. Alberdi, como teniendo ideas contrarias á la capital en Buenos Aires, sufre un error ó un olvido, cuando menos, como vá á verlo por la lectura misma del libro aludido.

Pido al señor Secretario se sirva leer lo que el Dr. Alberdi opinaba sobre la capital en Buenos Aires, y precisamente sobre la reforma que se proponen en la Constitucion, para realizar el pensamiento dominante en el pais.

El señor Secretario lee lo siguiente:

«Esos grandes intereses materiales han hecho suyas propias las siguientes cuestiones de los paises interiores en que se han establecido y se establecen de mas en mas:

1ª No solo la cuestion del puerto de que depende la vida de los ferro-carriles y del comercio interior y exterior;

2ª No solo la de la solucion de esa misma cuestion, que es el puerto fuera de Buenos Aires, como doble medio de devolver al comercio la neutralidad de su esencia y la expedicion fácil de sus operaciones navales;

3ª No solo la de la institucion de un gobierno nacional de que tienen precision esencial, para que les asegure la paz y les dé proteccion y garantías;

4ª Sino tambien la solución y la fórmula de solucion de esta cuestion del Gobierno, que consiste todo en darle por capital la ciudad de Buenos Aires, separada de su provincia.

«Apropiarse esta solucion, es apropiarse como bandera la Constitucion de 1853 que la consagra, y que se distingue especialmente por la consagracion que hace de esa idea en su art. 3º.

«No debe su escelencia esa Constitucion, á su mas ó menos similitud con esta ó aquella Constitucion, célebre á ser federal ó á ser unitaria.

«Es buena entre otras razones de sana economia política, porque dando á la Nacion por capital la ciudad de Buenos Aires separada de su provincia, devuelve á la Nacion sus rentas y sus elementos de gobierno, y la constituye políticamente en cierto modo por *ese simple hecho*, con que resuelve de paso la cuestion que ha ocasionado la guerra civil de 50 años.

«Para imitar la Constitucion federal de los Estados Unidos, ó la Constitucion unitaria de Francia, seria preciso que estos paises tuviesen un Buenos Aires, es decir, un puerto por antonomasia, situado geográficamente de modo que todo el comercio francés, ó todo el comercio de Estados Unidos tuviese que hacerse por ese punto exclusivamente.

«Pero Paris no tiene en Francia ese papel geográfico que tiene Buenos Aires en la República Argentina, ni lo tenia Washington, en los Estados Unidos.

«No lo tiene ciudad ni puerto alguno de estas dos Naciones, dotadas de infinitos puertos, y abiertos como están ellos al tráfico de todas las naciones.

«La Constitucion Argentina está virtualmente consignada en la organizacion de su comercio y navegacion, de que depende su renta pública, el modo de su recaudacion y percepcion, la ciudad en que esto se hace y el equilibrio del poder entre los distintos pueblos que forman la Nacion.

«Las leyes de Indias y la organizacion que ellas daban á esos intereses en servicio de la metrópoli, eran la Constitucion colonial de lo que es hoy República Argentina.

«El Puerto de las leyes de Indias arrancado á Buenos Aires y sus funciones comerciales entregadas ó devueltas á todos los puertos naturales de que está dotado el suelo argentino por tratados y leyes escritos como estan: hé ahí la verdadera organizacion moderna de la República Argentina.

«De esta Constitucion virtual y tácita organizada por las cosas y las necesidades del nuevo régimen, es expresion y resúmen constitucional la de Mayo de 1853; ochenta articulos de ese Código son la mera estopa republicana, con que se rellenan todas las constituciones que han hecho de rigor la revolucion de América: toda su originalidad y valor está en media docena de sus articulos.

«Pero, ¿no es esa Constitucion la misma que hoy rige con cortas variaciones? No absolutamente. Obra reaccionaria del localismo vencido, esas cortas variaciones son la restauracion del desórden tradicional, mantenido con la apariencia de un sistema regular. Las 22 enmiendas que sufrió la Constitucion de 1853, dejaron á la Nacion sin puerto, *sin Capital*, sin comercio directo, sin renta, sin crédito, en una palabra, sin gobierno con la apariencia de conservar todo eso.

«La provincia de Buenos Aires no exigió sino eso para aceptar la Constitucion de 1853 que, mediante ese cambio hizo pasar todos aquellos intereses nacionales á manos de dicha provincia y constituyó no el gobierno nacional sino el gobierno local de Buenos Aires, *en soberano, real y efectivo de la Nacion toda.*»

Sr. Gil Navarro—Me permito llamar la atencion sobre esta parte del libro del Dr. Alberdi donde habla de la reforma que debe sufrir la Constitucion.

El venia presagiando lo mismo que se hace en este momento en el Congreso Argentino.

El Secretario sigue leyendo:

«¿Cuál seria, segun esto la reforma constitucional que reclamen los grandes y soberanos intereses, legislativos y constituyentes, por decirlo así, de la civilizacion argentina. *La que ha de tener lugar mas ó menos tarde por el imperio de las cosas*: la supresion de los cambios que la mano de la reaccion victoriosa hizo á la Constitucion de 1853 y la reposicion sustancial de esa ley.

«Esta constitucion merece la resurreccion completa *que obtendrá un dia*, no por motivos de perfeccion abstracta ó de similitud con la Constitucion de Norte-América, ó de simple obstinacion apasionada de los que colaboraron en ella. Tales motivos serian insuficientes para un cambio tan grave. Es que ella contiene los elementos esenciales de todo gobierno regular sea cual fuere su forma; el primero y mas cardinal de los cuales, es la generalizacion la centralizacion, discreta y relativa de todas las Provincias en manos de un poder comun, eficaz y real. No ha sido reformada sino para privarla de esos elementos.»

«Con tal que se reponga lo suprimido que es lo esencial, poco importarian las variaciones que se introdujesen en todo el resto. La reposicion de uno solo de los 22 articulos enmendados, bastaria tal vez para efectuar la restauracion del órden regular; es el art. 3º que da-

ba por capital á la Nacion la ciudad de Buenos Aires separada de su provincia.»

«Rivadavia tenia razon cuando decia, q' bastaba esa simple cosa para constituir el Gobierno de la República Argentina.»

«Como la idea de ese articulo pertenece á ese ilustre argentino, ninguna vanidad podría ser acusada de defenderlo por amor propio.»

«Basta asignarle su origen *porteño*, para reconocer que ella no puede ser hostil á Buenos Aires. Esa provincia no tendria tanta veneracion por Rivadavia, si él hubiera concebido, en odio suyo, la idea de dividirla para dar á la Nacion su capital histórica y normal, y á Buenos Aires el rango de que es digna. Ese seria el medio de conciliar el interés y el rango de Buenos Aires con la susceptibilidad, el rango y los intereses de la Nacion toda.»

«Así quedaria Buenos Aires á la cabeza de las Provincias, como ellas mismas la colocaron en la Constitucion de 1853, en honor y dignidad de ambas partes.»

«Buenos Aires resistió entónces esa Constitucion, porque dijo ver en ella la obra y la personificacion del General Urquiza, á quien llamó el *único obstáculo* para la *organizacion de la Nacion.*»

«Léjos de existir hoy ese obstáculo, Buenos Aires acaba de proclamar por boca de su representante militar, como fruto de una gran política, la adquisicion del personaje á quien combatió diez años, como la encarnacion del caudillaje y de la barbarie.»

«Pero el general Mitre no podria apoyar una reforma de la Constitucion segun la idea de Rivadavia. Hoy ménos que nunca tendria medios de hacerlo, pues la idea de Rivadavia hiere hoy á los dos aliados, Buenos Aires y el Brasil, enemigos ambos por intereses particulares de la mejor idea de ese grande hombre, que fué la de dividir la Provincia de Buenos Aires como medio de salvar la integridad de la República Argentina, por la instalacion de un gobierno comun y nacional para todas las provincias.»

«En vista de eso el General Mitre halla más prudente incensar á Rivadavia que imitarlo—El se hace fuerte cediendo y sirviendo á las tendencias e intereses de que deriva todo su poder. Flotar es dominar para él.—El podria triunfar y recoger aplausos en mas de un campo—Las simpatías del momento pertenecen de ordinario al vencedor.»

«La victoria como la juventud, puede ser fea, viciosa, indigna, pero siempre es simpática.»

«Pero, bien puede ser la simpatía, ella no es el derecho. A menudo es la iniquidad afortunada. Nace con la muerte en el alma, y sus dias son siempre cortos.»

«Rosas triunfó años enteros para el localismo de Buenos Aires; y aunque lo cubrió con un manto mas espléndido que el que le pone Mitre (el Continente Americano, en lugar de la Nacion) no por eso dejó de su-

cumbir, y lo peor de su caída es el proceso que le forma el mismo localismo á quien cubrió de victorias. Dorrego, su antecesor, desbarató la organizacion nacional de Rivadavia, para servir al localismo de Buenos Aires, y un año despues fué fusilado entre los aplausos de ese localismo que, no es, por lo visto, un pararrayo infalible contra el martirio de los que se consagran de buena fé á la idea nacional, estéril en dinero, fecunda en honra.»

«En vista de eso, el General Mitre parece buscar la garantía de su escapada en la táctica de las nutrias, poniendo un pié en la Provincia, otro en la Nacion.»

«Pero mas bien puede ser medio de asegurarse el castigo, el hacer dos victorias y colocarse para estar seguro, en medio de ambas.»

«Buenos Aires ha de vengar á la Nacion esta vez como en las anteriores. Ella acabará por conocer á sus amigos, que son los que quieren verla á la cabeza de la Nacion como corona no como yugo; cabeza regular de un gran cuerpo, no cabeza monstruosa de un pigmeo rica y opulenta por la ley, no por el despojo: rica de amigos no de víctimas; capital de un vasto país lleno de vida, no el pórtico opulento de un cementerio; respeto del Imperio Brasileiro, no su befa y escarnio.»

Sr. Gil Navarro—Como se vé, señor Presidente, las ideas del grande escritor están completamente de acuerdo con las que sostengo, y como ha dicho bien el señor Ministro, hoy es un dia memorable, porque como actores asistimos á los últimos sucesos del drama que comenzó el año diez y termina en 1880, formando la nacionalidad argentina bajo las bases sólidas y estables.

¿Mas tarde se preguntará qué ha sido de la Nacion, qué ha sido de los partidos en sesenta años?

Señor Presidente, los partidos unitario y federal han corrido siempre detrás de esta idea, de dar una capital á la República, y para eso se ha derramado la sangre de muchos argentinos, como lo muestra la historia.

Aquí mismo, en el libro del doctor Alberdi, se está viendo todo lo que ha sucedido, tal cual como lo ha dicho el señor Ministro, á saber: que los mismos que antes no querian la capital en Buenos Aires hoy la quieren y hasta la piden.

Así fué, como un partido, cuando Mitre triunfaba en los campos de batalla, ofrecia al principio á Buenos Aires como capital permanente; pero, despues no quiso darla. En ese libro se apuntan las razones que tuvo el General Mitre para no hacer la capital de la República en Buenos Aires.

Hé querido, señor Presidente, rectificar lo que habia dicho el señor Diputado, talvez citando la opinion del doctor Alberdi en apoyo de sus ideas, talvez por un olvido del libro del doctor Alberdi titulado: «El Brasil ante la democracia de América;» libro escrito hace

muchos años y que profetizaba todo lo que esta sucediendo en Belgrano.

Por eso, he de votar con ciencia y conciencia por el proyecto que está á nuestra consideracion en estos momentos.

Sr. Olmedo—Pido la palabra para hacer una rectificacion.

He dicho, y me ratifico en ello, que el doctor Alberdi sostiene en su libro mas fundamental, que es el que trata de la organizacion de la República Argentina, que ha precedido á la Constitucion y que le ha dado razon de ser, que Buenos Aires no debía ser capital de la República, y justamente alegaba para eso, entre otras muchas razones, de gran peso á mi juicio, esta que acabo de mencionar, que la capital del Vireynato no estaba habilitada para ser la capital de una República Federal.

Y hasta recuerdo, señor, una frase de fuego con que el señor Alberdi reasumia esta cuestion.

Decia que «el esclavo valetudinario no tenia aptitudes para hacer el aprendizaje y menos el gobierno de la libertad.»

Sr. Mallea—No sé, señor Presidente, si se discuten conjuntamente los dos proyectos, ó si se está discutiendo uno solo.

Sr. Presidente—Se discute el de capital.

Sr. Mallea—Es que no se ha dado lectura de ninguno.

Varios señores Diputados—Como estamos en Comision....

Sr. Astigueta—La Cámara está estudiando los dos proyectos.

Sr. Mallea—¿Es decir conjuntamente? Muy bien.

Sr. Achaval—Lea, señor Secretario, los dos proyectos.

(Se Leyeron.)

Sr. Zapata—Hago mocion para que se cierre la conferencia.

(Apoyado.)

Sr. Achaval—Voy á hacer mocion para que antes de cerrarse la conferencia, pasemos á cuarto intermedio,

Sr. Zavalla—¿Qué objeto tiene?

Sr. Presidente—Es que un señor Diputado ha pedido que se cierre la conferencia.

Sr. Rojas (A.)—Pido al señor Diputado por Mendoza, que retire su mocion.

Sr. Presidente—Solamente que la retire porque el Reglamento es esplicito al respecto.

Se lee el siguiente artículo:

Art. 107.—La Cámara, cuando lo estime conveniente declarará cerrada la conferencia á indicacion del Presidente ó mocion verbal de algun Diputado.

Sr. Funes—La mocion de pasar á cuarto intermedio, es prévia.

El objeto es que puedan conversar los Diputados y ponerse mas de acuerdo.

Sr. Presidente—Para eso la Cámara se ha constituido en Comision; y con arreglo al Reglamento un Diputado ha pedido que se cierre la conferencia.

Sr. Funes—Si, señor; pero por mas que estemos en conferencia, la discusion es mas solemne.

Sr. Yofre—Creo que la mocion del señor Diputado Achaval, es prévia á la hecha por el señor Diputado por Mendoza para cerrar la conferencia.

Me parece, por otra parte, que el pensamiento del señor Diputado por Mendoza no es incompatible con lo manifestado por el señor Diputado por Córdoba doctor Achaval.

En este sentido, apoyo la mocion de este cólega, y pediria que se la votara préviamente, si es que su autor no la retira.

Sr. Achaval—Algo más diré: si no hay oposicion á la indicacion de pasar á cuarto intermedio no se necesita ni votacion.—Es lo que sucede en este caso.

Sr. Presidente—Pero es que habia una mocion prévia.

Sr. Achaval—Bien. Cuando hay una mocion en discusion y se hace la indicacion de pasar á cuarto intermedio, si no hay oposicion se levanta la Cámara y pasa á cuarto intermedio, sin que eso quiera decir que la indicacion queda suspendida.

Sr. Zapata—Si esto es objeto de discusion, no tengo inconveniente en retirar mi mocion.

Se pasa á cuarto intermedio.

Vueltos á sus asientos los Señores Diputados, continúa la conferencia.

Sr. Mallea—Señor Presidente: Despues del curso del señor Diputado por Córdoba que habló primero, habria sentido un verdadero peso en mi corazon votando en favor del proyecto sancionado por el Honorable Senado, fijando la capital definitiva de la República, sin antes tratar de levantar algunos de los defectos que á su juicio tiene la ciudad de Buenos Aires para ser la capital.

El señor Diputado, para demostrar que no se hallaba solo al opinar así, citaba en su apoyo á un eminente publicista argentino; pero otro cólega por la misma Provincia, acaba de probarle la inexactitud de su aseveracion haciendo leer en presencia de la Cámara, las opiniones de aquel autor que son precisamente opuestas á las que sostiene el señor Diputado á quien contesto.

No vamos á resolver esta cuestion por razones de partidismo, señor Presidente, como lo espresaba el señor Diputado, sino obedeciendo á sentimientos del mas puro patriotismo; por que creemos consultar las mas altas conveniencias del pais, dando asiento definitivo y propio á su gobierno, sin tener en cuenta para nada los mezquinos impulsos del partidismo en nombre de

los cuales dice el señor Diputado que vá á votar por este proyecto...

Sr. Olmedo—Si me permite....

Sr. Mallea:—Con mucho gusto, señor.

Sr. Olmedo:—Hé dicho eso como razon supernumeraria, como razon individual que obraba sobre mí; pero no hé atribuido á nadie el espíritu de partido, ni hé dicho que la solucion era obra de un partido.

Sr. Mallea—Perfectamente. Repito, Sr. Presidente que me habria sido muy duro el tener que votar bajo la triste impresion que me dejaron las palabras del Sr. Diputado, cuando por otra parte él declaraba que, á pesar de sus ideas daria su voto al proyecto en discusion. Yo profeso pues, otras ideas en nombre de las cuales voy á contribuir con mi voto, á solucionar el gran problema de esta nacionalidad argentina que hace sesenta años á que viene abriéndose paso á través de mil vicisitudes, sin encontrar todavia el punto de apoyo que le permita afirmarse definitivamente dentro del órden y ocupar el asiento que le corresponde entre los pueblos respetables.

Voy á demostrar con la prueba de la historia, como no hubo un solo momento de nuestra existencia política, en que no se produjera el fenómeno opuesto al que ha creido haber observado el Sr. Diputado con respecto al rol de Buenos Aires en la República Argentina.

Sr. Presidente, hay una verdad histórica que ha brillado siempre sobre nuestro horizonte político, aún en las noches tenebrosas de la anarquia, en los dias serenos de nuestros tiempos bonancibles; verdad que ha resistido el exámen de varias jeneraciones y que ha salvado victoriosa de los acontecimientos y de los hombres. Esta verdad es, que la hermosa y altiva ciudad de Buenos Aires es la capital indiscutible de los argentinos.

Si el señor Diputado sigue el curso de nuestras cuestiones políticas, verá que en vano han tratado de contrariar esta verdad los intereses egoistas del partidismo, verá que en vano un órden de cosas, de circunstancias, ha pretendido pararla, y que ella nos ha arrastrado siempre con ese magnetismo, diré así, con que ciertos cuerpos atraen á sí á aquellos sobre los cuales ejercer poder. La capital de una nacion como lo ha dicho muy bien el señor Ministro de la Guerra, es algo que no se inventa momentáneamente, ni que puede salir del salon de un Congreso, y ni un Ejecutivo puede contrariar las corrientes de un órden ó estado social existentes: es un hecho natural que nace con la sociedad, con ella se elabora y se funda.

La República Argentina tiene pues, su capital histórica, lógica, indiscutible. Es la ciudad de Buenos Aires.

Estudie el señor Diputado el movimiento del desarrollo de la sociabilidad argentina desde los tiempos coloniales, en la Revolucion, en la Guerra de su independencia, en la anarquia, en la paz. Recorra nues

tra historia—que es muy corta,—y ella le enseñará á Buenos Aires siempre á la cabeza de las provincias, desempeñando su rol de capital, bajo el Virreinato,—en la Junta gubernativa—en el Directorio,—en el Congreso de las provincias,—en la presidencia de Rivadavia,—y aun bajo el despotismo del tirano Rosas...

Sr. Olmedo—Es por eso que no me gusta

Sr. Mallea—Y si hubo momentos en que esta verdad se eclipsó, fué para volver á fulgurar mas tarde. Esos momentos fueron el desorden, la anarquía, el caudillaje instituyendo señoríos feudales en las provincias; lo que por otra parte sirvió de cimientos á la idea federativa.

Viene la Convencion Nacional, autora de la Constitucion vijente, y Buenos Aires es reclamada para capital de la República. Buenos Aires resiste la idea, siendo entónces fijada en el Paraná la capital provisoria. Se creia que Buenos Aires cediese mas tarde.

Ni el General Urquiza, ni ningun hombre público argentino colocado en condiciones de dominar los sucesos, que haya pensado seriamente en la organizacion regular del país, ha creído posible otra capital.

Llegamos á lo que se llamó la reconstruccion nacional con la incorporacion de Buenos Aires, despues de la batalla de Pavon. El General Mitre intenta, en vano, siendo Presidente, la federalizacion de esta ciudad.

Desde esa fecha han corrido diez y ocho años de afanes y de debates por parte del país, por hallar en algunas de tantas localidades que han sido brindadas por las respectivas legislaturas provinciales, la segunda Washington, donde erijir el Capitolio Argentino. Tres ó cuatro veces ha sancionado el Congreso la ley de Capital y otras tantas ha sido vetada por el Presidente.

Mitre, Sariniento y Avellaneda sabian perfectamente que semejante paso podia ser el comienzo de un nuevo periodo de desquicio, ó quizá de la disolucion de la República.

Señor Presidente: Buenos Aires es la provincia mas estensa, mas poblada, mas rica, mas ilustrada y por consiguiente mas poderosa de las catorce que componen la union. Está cruzada en todas direcciones por ferro-carriles y telégrafos, posee varios bancos y sociedades anónimas, tiene infinidad de establecimientos públicos y particulares de gran importancia y sus rentas son crecidas. Su periodismo y su comercio, puede decirse que son la prensa y el comercio argentino. Sus habitantes, con la conciencia que les dá esta superioridad, son altivos pero generosos, como los fuertes; audaces y valientes como todos los argentinos. Son de carácter muy impresionable y fácil; y como los franceses, creyendo servir á una gran causa, suelen encontrarse sirviendo á los propósitos de un déspota.

Naturalmente, una Provincia en las condiciones de poblacion y riqueza (con respecto á las demás) que posee Buenos Aires, representa un poder que se aproxima demasiado al de la Nacion.

Por eso sus partidos políticos han dicho, cuando el verdadero patriotismo no los ha inspirado: « La provincia unida, con su influencia moral y con el peso de su representacion en el Congreso y en la eleccion presidencial, lleva un impulso decisivo á las cuestiones políticas de la República. Si cedemos la ciudad, perdemos una parte considerable y valiosa de nuestras fuerzas. »

Señor Presidente: No entra ni por un momento en mi mente el deseo de increpar á los partidos de Buenos Aires, tratando de arrojar sombras sobre sus intenciones. Los partidos políticos sirviendo á sus propósitos, creen servir á la causa pública y esto los exime de responsabilidades ante el tribunal de la opinion.

Pero si sostengo, señor Presidente, que de allí surgió esa propaganda anti-nacional ó inusitada de autonomia, de derechos de la provincia, de *patria chica*, de porteños y provincianos, que, como la propaganda del comunismo en Francia, tuvo aquí su terrible estallido.

Se hizo creer al pueblo, que la ciudad de Buenos Aires se humillaba con ser la cabeza legal de la República, con tener por Legislatura al Congreso Nacional y por Gobernador al Presidente de la Nacion, sin reparar que así se la hacia renunciar al privilegio que le corresponde, de gobernar la República por medio de sus hombres públicos é inspirando con su prensa las deliberaciones del gobierno general.

Se creia preferible el rol vulgar de Provincia, iguales todas en rango ante la Constitucion Nacional, al muy augusto de dirigir los destinos de la patria comun: si, señor Presidente, y lo digo muy en alto, de dirigir, de encaminar á los pueblos, porque esta es la mision de las capitales que reúnen la mayor suma de talentos é ilustraciones en una Nacion; y donde quiera que hay hombres reunidos en sociedad, el talento, la ilustracion tienen un rol muy alto, é influyen poderosamente en los mas importantes actos, sean de carácter político ó de cualquier otro género.

A mí no me alarma, señor Presidente, esta legitima influencia de la ciudad de Buenos Aires sobre las demás provincias; por el contrario, yo la amo y la prefiero á cualquiera otra, porque es la influencia del saber, la mas conveniente, la única que debe rodear al gobierno de los pueblos.

(Aplausos.)

Por eso yo no queria ver en mi país otros consejos ni otra direccion que esos del saber, deseando como

deseo para él la mayor suma de libertad, de felicidad y de prosperidad.

El señor Diputado por Córdoba que tengo á mi derecha (el señor Olmedo) no tomaba en consideracion estas circunstancias, y al no estimar los hechos históricos que yo he enunciado, ó al apreciarlos de diferente modo, se colocaba en una situacion difícil y contradictoria, disponiéndose á votar bajo tristisimas impresiones, contra verdades que ha creído deducir de sus observaciones históricas.

No, señor Presidente, yo voto bajo muy diversas impresiones. Yo creo que si este proyecto no se realizara; si la ciudad de Buenos Aires no fuera cedida por la Legislatura para ser federalizada, si la capital se estableciera en otro punto que no fuera allí, en cinco, diez ó quince años mas, despues de nuevas hecatombes, vendremos todos los argentinos al fin á confirmar este hecho tan resistido, con el profundo convencimiento de que nada es mas noble y grande que el procurar dar prestigio, crédito y respetabilidad al gobierno comun—todo lo cual encierra la capital en Buenos Aires— porque será lo único que reconozcamos conducente y eficaz para defendernos de nuestros propios disturbios, desde que no podemos temer el peligro de una tirania en los tiempos que alcanzamos.

Tal vez á algunos hijos de esta provincia que no estén de acuerdo con esta idea, se les ocurra decirnos: —y bien; nosotros somos Buenos Aires rica, fuerte é ilustrada: qué nos dais vosotros por el sacrificio que hacemos al ceder una parte tan preciosa de nuestro territorio?

Si se tratara del habitante de la ciudad, la contestacion seria muy fácil. Le diriamos: Os damos la grandeza.

Al habitante de la campaña, esta seria mi respuesta: La Provincia de Buenos Aires unida es muy fuerte; y su gran poder sirve para tentar á sus gobernadores á alzarse contra la autoridad de la Nacion cuando conviene á sus designios. — Ya conoceis las consecuencias de estos alzamientos. Bajo la accion de un gobierno mas localizado, tendreis una administracion mas laboriosa, mas suficiente y eficaz para administrar vuestros intereses locales. La guerra os hace pagar á vosotros mas caros sus costos que á los demas habitantes de otros puntos de la Nacion, y sois arrastrados á ella por los políticos de la ciudad. En la paz, la ciudad consume la mayor parte de vuestras rentas. Asi, pues, habeis ganado muchísimo.

Pero, señor Presidente, ¿bajo qué punto de vista que se mire este negocio, no convendria tanto á Buena Aires, ciudad y campaña, como á toda la Nacion, la realizacion de este proyecto?

Se dice: el sistema federal de nuestro gobierno se pierde echando sobre el pais este enorme peso de la

influencia de la ciudad de Buenos Aires, si se declara capital, sin contrapeso alguno.

¿Porque se teme esta influencia natural de la capital? ¿De qué manera ella desharia el sistema federal, es decir, estas simples divisiones ó secciones administrativas que el pueblo soberano de la Nacion ha querido dejar subsistentes para manejar sus intereses, y que puede cambiar cuando le plazga?

¿Que es el sistema federal? El sistema federal no es en el lenguaje de nuestros principios de Gobierno, la confederacion, que quiere decir alianzas de estados independientes. Este sistema federal es la forma de un gobierno consolidado, que los Estados Unidos adoptaron, porque creyeron, como despues creyó el Pueblo Argentino imitándolo, que respondia mejor al desarrollo de los intereses locales y nacionales, que la monarquia ú otra forma cualquiera, y nada mas.

No se mata, pues, señor Presidente, una forma de gobierno cuando se lo asegura completándola, dándole al pais que la ha adoptado todo, la estabilidad y firmeza, que necesita para vivir tranquilo cumpliendo su destino.

Señor Presidente: Nunca olvidaré el haber ocupado por primera vez un asiento en esta Cámara en dias aciagos y de durísima prueba para nuestras instituciones, cuando turbas frenéticas hacian pública ostentacion de sus amenazas á los representantes del Pueblo Argentino, y que en aquellos momentos de angustias en los cuales aparecia agonizante la autoridad nacional, cuando las policias y bandos armados por la rebelion iban en son de escarnio á hacer la guardia del Congreso, yo sentia las palpitaciones de todos los corazones generosos al impulso ardiente de esta aspiracion que es hoy un dogma nacional: la designacion de la capital constitucional de la República, es decir, con plena jurisdiccion sobre ella por parte del gobierno general.

Era que entónces, señor Presidente, se acentuaba como nunca el peligro de su carencia; era entónces que todos notábamos con amargura, que sin capital, esto que se llama la nave del estado, estaba condenada á seguir flotando en el océano tempestuoso de nuestras disenciones, espuesta á que un dia cualquiera, azotada por el oleaje de las pasiones, se viera sumergida otra vez en los abismos de la anarquia, sin esperanza de volver á ver el puerto de su salvacion.

¿Es posible, se decia, que cada seis años, tengamos que resolver estruendosamente nuestras cuestiones constitucionales? y todos conveniamos en que era ya llegado el momento de concluir una vez por todas esta obra de la nacionalidad argentina tan amada, que viene probando hace muchos años ser un hecho y una fuerza indestructible, que avanza, aunque trabajosamente, por una senda llena de escollos, buscando su centro de unidad.

Señor Presidente, recibimos, diré así la consagracion de Nacion constituida en 1853. Nuestros primeros constituyentes habian resuelto la cuestion capital; pero la reforma para incorporar á Buenos Aires en 1860, que no habia aceptado el rol de capital que se le asignaba, entregaba su solucion al porvenir, como un legado de nuestras discusiones.

Pero, la idea de la nacionalidad existia aunque informe, latente y poderosa.

Pocos ejemplos presentará la historia de una organizacion más trabajosa y llena de incidentes de un pueblo que, como el argentino, formando una familia por la geografia, por sus hábitos, origen y aspiraciones, tiende á labrarse una nacionalidad sobre las bases del derecho y la libertad.

Cuando no lo unia más vinculo que el sentimiento de la solidaridad de su destino, tras de su paso, dejaba surcos imborrables que atestiguaban la existencia de su vida nacional: y la América habíase acostumbrado á mirar con cariñoso respeto esta naciente agrupacion de las *Provincias Unidas del Sud*, que declaraba su independencia, enarbolaba una bandera, levantaba ejército é improvisaba grandes capitales para arrojar de su suelo la dominacion extranjera y llevar á costa de su generosa sangre á la demás hermanas del Continente, la era de redencion.

Larga y penosa viene siendo, señor Presidente, esta gran cruzada de los Argentinos por asegurar para siempre el edificio de esto que hoy llamamos nosotros, la patria grande. Hemos atravesado periodos sangrientos y de desquicio, de temores y de esperanzas, pero al fin, creo que nos hemos llegado á colocar en frente del gran *desideratum*, dando capital á la República, á cuya carencia yo atribuyo el mayor de los defectos de nuestra organizacion.

Tengo fé, la fé que las nobles aspiraciones suelen infundir, de que los objetos de este proyecto serán cumplidos.

Sin embargo, todavia hay argentinos que dicen: Esperad, no es tiempo de resolver tan grave cuestion; dejad que la razon pública se ilustre y entonces la cosa se hará por sí misma sin violencia para nadie.

No, señor Presidente, no podemos esperar más tiempo ya. La razon pública está bastantemente ilustrada por el debate y la esperiencia y nosotros no vamos á hacer otra cosa sancionando este proyecto, que pronunciar en su nombre, el fallo.

No podemos esperar que no haya ninguna disidencia, porque esto jamás sucederá. La Constitucion vijente en Estados-Unidos tuvo grandes y patrióticas resistencias. Hoy el mundo admira su sabiduría y los norte americanos la bendicen.

En otro tiempo, la capital definitiva era esperada

por el país como un complemento de su organizacion politica, hoy es tambien cuestion de dignidad nacional.

No podemos, señor Presidente, sin mengua de nuestro decoro, tolerar mas tiempo ya que el gobierno de nuestra patria se vea tratado de *huesped*, y de *intruso* en una ciudad argentina, no debemos permitir un dia mas que se repitan esas escenas de vergüenza en que el Gobernador de la Provincia donde provisoriamente residia la autoridad nacional, disciplinaba batallones y lanzaba turbas armadas á la plaza pública á insultar la majestad de la Nacion, como sucedió ese 15 de Febrero memorable, en que los argentinos vimos la imagen de la patria cubierta de baldon.

Sr. Presidente: yo recuerdo de paso estas luchas, demostrando cuan precaria es la suerte de nuestro gobierno sin casa propia, y deseo que el velo de los tiempos las cubra, por que al fin han venido de argentinos, de hermanos estraviados.

Al fin, señor Presidente, si los héroes que han caido con este motivo, pudieran levantarse en el momento mismo que la ciudad histórica fuera entregada á la Nacion para servirle de capital, estoy seguro que nos manifestarian su regocijo por haberse sacrificado para asegurar la grandeza de su patria.

Es ya tiempo de que nos apartemos para no volver mas á caer en ellas, de estas escenas que entristecen el espiritu al recordarlas.

Demos pues, prestigio, crédito y poder á nuestro gobierno y saquemos á los partidos de las aventuras revolucionarias, reduciendo su accion al circulo de los comicios.

Tratemos de atemperar, señor Presidente, nuestras cuestiones bajo el influjo de la civilizacion y del patriotismo, despejándolas de cuanto tienen de atroz.

El suelo que estamos cultivando es muy fértil y solo así se explica que hayamos alcanzado el grado de adelanto que tenemos á través de tantos contrastes.

En unos pocos años de paz que conseguimos, nuestro crédito y nuestras rentas se elevan por las nubes, el país adelanta su comercio y sus industrias, la poblacion crece, grandes horizontes se destacan á nuestra vista.

Los proyectos de ferro-carriles y colonizaciones se agolpan á nuestra mente y nuestras poblaciones reciben alborozados la nueva.

Pero, ¡ay! señor Presidente, viene una nueva catástrofe y el país retrocede diez años atrás.

Señor Presidente. Voy á terminar este discurso, porque creo que la Cámara deseará cerrar una conferencia que no ha ofrecido lo que propiamente se llama un debate.

Vamos á hacer, así lo creo, sancionando este proyecto, la última etapa de esta gran jornada del Pueblo Argentino, por asegurar para siempre el edificio de su

nacionalidad, dándole capital, conforme á su Constitucion y á sus conveniencias.

¡Ojalá que con esto comience una era de inmortal grandeza para nosotros y que cierre el período difícil de nuestro pasado, borrando hasta de la memoria esas palabras sacrílegas de *patria chica* y *patria grande*, *porteños* y *provincianos*, *mashorqueros* y *salvajes*, que han tenido el maldito uso de perdon para desgarrar con ellos á los que nacieron bajo la bandera azul y blanca, á los descendientes de San Martín, Belgrano y Rivadavia, que tanto hicieron por legarnos una patria unida, y porque nos reconocieramos todos como hermanos, bajo el mágico nombre de argentinos.

Señor Presidente: la federalización del municipio de la ciudad de Buenos Aires para capital de la República, (óigalo bien, el señor Diputado por Córdoba), es el bello ideal de gobierno para nuestra patria, imaginado y ansiado por nuestros grandes hombres. Es el cumplimiento de las aspiraciones de esta Nación que se agita convulsivamente en las luchas democráticas, buscando un punto de apoyo para radicar la paz en la libertad, el progreso en el orden y la civilización dentro de la práctica leal de su Constitución.

Solo así tendremos gobierno eficaz, paz interior, nación con crédito en el exterior, y su autoridad firme en su asiento legítimo, podrá con mano segura «defender la unión nacional, afianzar la justicia, consolidar la paz, proveer á la defensa común; promover el bienestar jeneral y asegurar los beneficios de la libertad para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres que quieren habitar en el suelo argentino.»

He dicho.

Varios señores Diputados—Muy bien! muy bien!

Sr. Olmedo—Deseo hacer una rectificación para levantar un cargo que me es personal.

Quiero levantar una vez más, este cargo que me acaba de dirigir el señor Diputado por San Juan, de que yo resisto la capital en Buenos Aires.

Declaro que no la resisto; creo que no es la capital ideal del pueblo Argentino; pero contra esta opinión mía, se muestra un movimiento de opinión irresistible, y yo no puedo contrariarlo, sin defraudar las más legítimas esperanzas de mis electores. Por consiguiente, voto con entusiasmo por la Capital en Buenos Aires.

Todo lo que el señor Diputado ha dicho de la capital en Buenos Aires, sería aplicable á la capital en cualquier parte; pero la aspiración argentina no es la capital en Buenos Aires, á mi juicio, ni en el Rosario, ni en Córdoba; es la capital antes que todo.

Sr. Yofre—Pido la palabra.

Yo disiento, señor Presidente, de las ideas manifestadas por el señor Diputado por Córdoba, respecto á que la aspiración del país es, que su Capital definitiva no sea fijada en Buenos Aires, como también en cuanto á que debamos guiarnos por las doctrinas abstractas de nuestra forma de gobierno en esta materia y que la Capital en esta ciudad, no es la capital ideal.

Pienso que tratándose de un acto de tanta trascendencia, como el proyectado, debemos atenernos á los consejos de la ciencia política y no á las ideas abstractas del derecho, á las concepciones del idealismo.

A mi vez, señor Presidente, para fundar mi voto, voy á permitirme hacer la filiación histórica de la cuestión capital, porque creo que pesa sobre mí ante mis comitentes del distrito electoral que me eligieron Diputado, el deber de manifestarles desde esta banca, los motivos que me inducen á votar por el proyecto que se discute.

Esta cuestión, señor Presidente, cuantas veces ha sido traída al debate, ha tenido el privilegio de conmover las fibras más íntimas del país. Pero esta ocasión, más que otras, tal vez por los acontecimientos sangrientos que la han precedido, tiene absorbida la atención de la República.

En la prensa, en los clubs, en la tribuna de las arengas, en los salones, en el hogar doméstico, desde la más elevada plataforma, hasta el más humilde recinto, en todas partes se la discute, eslabonando los recuerdos del pasado, con los sucesos del presente y los presentimientos del futuro. Es que todas las cuestiones, absolutamente todas las que afectan la vida colectiva de un pueblo, se alzan al rededor de esta cuestión. La cuestión política, la cuestión económica la cuestión social, demandan su solución en torno de ella.

El señor Ministro de la Guerra nos decía: «las capitales no se decretan, ellas son la obra espontánea de las cosas.»

Yo, traduciendo su pensamiento, creo que sus palabras significan que estas agrupaciones humanas que llamamos naciones, tienen también su geología propia, sus leyes de formación que es necesario estudiar en su desarrollo y en su conjunto. En este sentido, se diría que encontrar la capital de un país, es como hallar el centro de gravedad de un cuerpo.

Recordaré, pues, esos antecedentes, esas leyes para apreciar el sentido práctico, la significación real de esta cuestión.

Colocados en este punto de vista, asistimos al desenlace de un drama cuya primera parte terminó por nuestra emancipación de la España proclamada en el memorable Congreso de Tucumán; y cuya segunda, terminará por nuestra organización definitiva, la que no resultará sino de la forma en que resolvamos el gravísimo problema que nos ocupa.

Es sabido que la revolucion de Mayo tenia dos propósitos: el uno, quebrar el vetusto cetro de los monarcas absolutistas de la España; el otro, construir un gobierno nacional calcado en los principios de la soberanía del pueblo.

Esa revolucion vino al mundo, poco despues que los Estados Unidos fundaron su nacionalidad, poco despues que la revolucion francesa, en faz de los testas coronadas de la Europa, hacia su declaracion de los derechos del hombre, y al corto tiempo que Adam Smith, proclamando la dignificacion del trabajo libre, fundaba la escuela *industrial*, en contraposicion á la escuela *mercantil* de Colbert.

Esa revolucion entonces, como espresion de su época, no solo debia ser política, sino tambien económicas y social.

Pero, tan grande obra, escedia los esfuerzos de una generacion.

Nuestros paáres cumplieron su mision en la vida, dejándonos en herencia una patria independiente y libre.

Mas, al emanciparnos, los pueblos que habian formado el Vireynato cayeron en el *aislamiento*; es decir, en esa ley que hace que las diversas agrupaciones que formaban un todo colectivo, tiendan á vivir segregadas antes de constituirse. Era obra de las generaciones que les sucedieron, hacer del Vireynato la República, fundar «el gobierno del pueblo y para el pueblo que simbolizaba el dógma de la revolucion.

Empero, la codificacion de la idea americana, debia ser una obra tan secular, como lo habian sido las instituciones que durante el largo y melancólico periodo de la Colonia, habian formado la vida constitucional y orgánica de estos pueblos.

El pensamiento sombrío de Felipe II y Carlos V, encarnado en esas instituciones y el pensamiento luminoso de la Revolucion, el régimen antiguo y el régimen moderno, el espíritu feudal y el espíritu del siglo, como una dualidad maniquea, como dos fuerzas rivales, lucharon entonces en la gigantezca lucha de nuestra historia.

Era la lucha de ese periodo de formacion por el que han pasado los pueblos, tanto de la edad antigua como moderna.

La lucha de los hombres de la Llanada y de los Montes en Atenas, de los Patricios y Plebeyos en Roma; de los Gúelfos y Gibelinos en la Italia; de las dos Rosas en Inglaterra; de la Montaña y la Gironda en Francia; de los Sudistas y del Norte en Estados Unidos; esa ha sido nuestra sangrienta contienda de setenta años, ante el criterio de la verdad histórica.

Tal es el significado de las batallas mas importantes de nuestra guerra civil, ante la critica de nuestros mas autorizados publicistas.

La batalla de Capilla del Pilar que trajo el tratado

cuadrilátero de 1822, la del Puente de Marquez con su tratado *litoral* de 1831, la de Monte Caseros, con su pacto de San Nicolás, y la Constitucion de 1853, la de Pavon, que trajo lo que se llama «Reconstruccion nacional», esto es, la Restauracion y como sus consecuencias, la reforma constitucional, la invasion al Estado Oriental, la alianza del Brasil y la guerra del Paraguay, no han sido sino formas várias, encarnaciones diversas de esa misma lucha—Se cambió de medios de accion, hasta de terreno de combate, pero nó de tendencias.

Esa lucha, señor Presidente, ha traído dividido al pais en dos secciones: la una que pretendia practicar la República conforme al régimen de la Colonia, la otra, conforme á los principios de la revolucion; la una, que á título de haber sido Metrópoli del Vireinato pretendia ejercer la supremacia política de los poderes anexos en otro tiempo á la corona de España; la otra, que resistia ese tutelaje en nombre del gobierno propio por cuya aspiracion nos habiamos emancipado; la una, que queria conservar su organizacion de provincia—capital que le diera la España, como encargada de hacer cumplir la voluntad de sus soberanos; la otra, que trataba de innovar esa organizacion como incompatible con la ley dinámica de las democracias representativas; la una, que sosteniendo las teorías de Jefferson Davis y los sudistas, invocaba el sofisma político de la autonomia de los Estados, de su integridad indivisible; y la otra, que no reconocia mas integridad que la integridad de la Nacion, ni otra soberanía que la del pueblo argentino.

Señor Presidente; no me propongo trazar el cuadro luctuoso, en que los horrores de la guerra civil habian sumido este pais; todos sabemos, cuán triste era el espectáculo que ofrecia al mundo, esta República!

La historia nos enseña, que la espada como los mares, como los rios, lejos de servir para dividir los pueblos, sirve á comunicarlos; es como un cinturon de acero que los liga, y que la guerra es el crisol en que se funden las nacionalidades.

Dos generaciones de hermanos tendidos en la arena ardiente de los combates fratricidas, han confirmado entre nosotros esta verdad.

Con su sangre y con sus huesos, sefraguó el eslabon que unió por fin á esas secciones; pero las condiciones de union fueron tales, que quedaron latentes las causa del mal.

La incorporacion de Buenos Aires á la Nacion fué una especie de liga, mas bien que una *incorporacion*.

La combinacion que sirvió de base, fué tan extraña, tan híbrida, que lejos de resultar de ella la consolidacion nacional, resultó el monstruo de dos cuerpos y

una sola cabeza, que criticó el eminente publicista Dr. Alberdi.

Tal es lo que se ha llamado la *coexistencia*; consorcio extraño de dos entidades políticas, el gobierno de la Nación y el de Buenos Aires, que no dirimía la contienda, sino que tan solo conservaba el *statu-quo*.

Así hemos vivido veinte años, un cuarto de siglo, señor Presidente, hasta que al resplandor del fuego de las batallas de los puentes Alsina y Barracas, hemos visto alzarse solemne y magestuosa por sobre todas las preocupaciones, la imájen querida de la patria, imponiéndose como una necesidad suprema á los espíritus y dejando oír en el fondo de nuestras conciencias la voz del siglo que impone las *nacionalidades*, como condicion de vida independiente.

Si, señor Presidente, es la suerte de esas dos políticas, de esos dos sistemas, no una cuestion electoral, lo que han decidido esas batallas.

En vano los espíritus superficiales ó sistemáticamente retardatarios, pretenderán explicarlas como el desenlace de la lucha electoral que ha terminado. En vano nos dirán que ellas han nacido del choque de dos candidaturas y de los resortes que las han puesto en accion.

Eso no es penetrar el fondo de los acontecimientos. Los que así piensan, no ven ó finjen no ver, que sus causas generadoras estan en nuestras propias instituciones, en la reforma constitucional, en la coexistencia, que nos dejó un Gobierno Nacional, sin capital, sin jurisdiccion, sin poder propio.

Esas batallas, señor Presidente, serán á nuestro país, lo que fueron á los Estados-Unidos las libradas á orillas del lago Potomac, las ganadas por Grant contra Lee á las puertas de Richmond, en la guerra de secesion.

Ellas han traído la reaccion que hoy se manifiesta en todas las opiniones: ellas han hecho que la razon política domine con irresistible imperio la conciencia del país, y nos traiga á la resolucion del problema que tantos sacrificios nos cuesta.

Por eso este Congreso, interpretando fielmente el sentimiento del pueblo argentino, hace hoy condicion de existencia nacional, la necesidad de dotar al país de su capital definitiva.

Preguntar porqué el proyecto que nos ocupa fija la Capital en Buenos Aires, es como preguntar porqué los rios corren á la mar, porqué los cuerpos graves buscan el centro de la tierra en su caída, porqué los planetas describen sus órbitas al rededor del sol, alma de sus movimientos.

Son las tradiciones, los precedentes de la historia, los acontecimientos que la accion del tiempo ha venido acumulando en la vida de los pueblos, á la manera

los que fundan sus instituciones y determinan sus capitales.

Este es el sentido de la teoria de Montesquieu, sobre la influencia de los olimas en la legislacion.

Por eso Tocqueville como Story, principian por el estudio de las colonias Norte-Americanas y su desarrollo, al esplicarnos las instituciones de los Estados Unidos.

Ahi está uno de los secretos del engrandecimiento de este país y de la Inglaterra.

« El alma de la legislacion inglesa, nos dice Freeman, es el precedente ». « Los ingleses procedieron siempre haciendo un acto de conservacion y otro de progreso; de conservacion por que era un progreso, de progreso, porque conservaba ».

Y bien, señor Presidente, la época del Vireynato, la época de la revolucion, la época del aislamiento y la de nuestra vida constitucional han hecho de Buenos Aires la capital de los argentinos y el Congreso al sancionarla, no hará sinó conservar, consagrar este acontecimiento de nuestra historia.

Tal vez, en otro tiempo, cuando el Paraguay era una potencia militar de alta importancia, cuando el Estado Oriental era una nacion feliz y floreciente, podiamos haber ensayado capitales, como Washington, como el Paraná: pero hoy, no está en manos de nuestra generacion torcer las corrientes de la vida nacional, crear nuevos centros de poder y de fuerza, sin exponernos no ya á los riesgos de la inestabilidad de nuestras cosas, sino á verdaderos peligros exteriores.

Habiendo desaparecido la importancia política de esos dos países, nuestros aliados naturales, nos encontramos solos, entregados á nuestros propios esfuerzos, en presencia de las graves cuestiones internacionales, que debatimos precisamente con las naciones mas fuertes de esta extremidad del continente.

De un lado Chile, estrechado por las salobres ondas del Pacífico, del otro el Brasil, sofocado por su zona tórrida, ambos con tendencias anexionistas, ambos con necesidad de estenderse, desborden un día sobre estos climas codiciados, compelidos por las mismas fuerzas que trajeron á los *germanos*, en la Europa.

Debemos prevenirnos contra esta liga que es la peor de las coaliciones, porque ella nace de las necesidades, de la comunidad de intereses que la naturaleza les ha impuesto; y para prevenirlo, necesitamos mas que nunca robustecer el poder de la Nación, dándole por asiento este gran centro.

Por otra parte, la conquista del desierto que ha incorporado quince mil leguas de territorio á la vida de la civilizacion, con hermosas zonas para la ganaderia, con rios navegables, con costas marítimas, ricas en pesqueria, ha impreso una nueva faz á esta cuestion.

Esas regiones son una verdadera California, que es necesario ponernos en condiciones de explotar.

Nos hemos hallado como de improviso, con nuevos puertos fluviales y marítimos, pero sin Escuadra adecuada para guardar sus costas, para hacer su policía: nos encontramos en el caso de crearla y es sabido, Sr. Presidente, que la pesquería es la mejor escuela naval para formar marineros.

Si es una verdad, como no puede desconocerse hoy día, la influencia que ejerce la geografía en la política económica de los pueblos, yo pienso que la dilatación de la soberanía nacional, por el ensanche de nuestro mapa geográfico, ha abierto nuevos rumbos á la política de nuestro país, que nos hacen doblemente necesaria la Capital en Buenos Aires, como el punto el mas apropiado para atender las exigencias de este nuevo orden de cosas.

No temo, señor Presidente, como algunos, que esta solución nos conduzca á un cambio de sistema de gobierno.

Creo que son muy poderosas las fuerzas expansivas del país, para que la absorción de este gran centro, pueda romper el equilibrio sobre que reposa el juego armónico de nuestras instituciones. Creo que, sin la capital en Buenos Aires, volveríamos á la anarquía, y que es mas inminente el peligro del despotismo revolucionario, que el del despotismo del gobierno que otros temen.

Pienso que ya no es tiempo de dudar, si la plaza de la Victoria, continuará siendo la plaza de armas del localismo, tantas veces vencido, ó el cerebro de la República que presintieron nuestros padres, el faro luminoso que guía sus destinos.

La integridad de la Nación, la consolidación definitiva de su Gobierno, es hoy mas que una cuestión doméstica, un problema internacional, por que él viene á garantir, no solo nuestra propia independencia, sino tambien la del Paraguay y del Estado Oriental.

Pienso que nos hallamos como en la confluencia de dos épocas y necesitamos dejar construida nuestra nacionalidad en el molde del siglo XIX, haciendo de la capital en Buenos Aires, la Roca Tarpeya de su existencia, no sea que el siglo venidero nos encuentre indignos de llevar vida independiente y libre.

Tales son, segun mi criterio, señor Presidente, la solución que debe darse á esta cuestión y los propósitos que viene á satisfacer el proyecto que se discute.

Si por desgracia los esfuerzos que ha hecho este Congreso para fijar la capital en Buenos Aires, fuesen estériles, si esta sanción no diese resultado, no habria medio mas acertado que recurrir á una Convención.

En prevision de esta contingencia, viene el otro proyecto sobre su convocatoria: por él entregamos á la

deliberación del pueblo, de los Constituyentes que él elija, la resolución de este problema, que despues de tantos años de lucha y de tantos sacrificios hechos, no hemos conseguido resolver. He concluido.

Sr. Zapata—Reproduzco mi moción para que se cierre la conferencia.

Varios señores Diputados—Apoyado.

Se vota esta moción, y es aceptada.

Constituida la Cámara en sesión, se procede á votar en general el proyecto de Capital y resulta aprobado por unanimidad.

Sr. Gil Navarro—Pido que se haga constar que la votación ha sido unánime. Ha equivalido á la aclamación que se deseaba.

Sr. Presidente—Se hará constar.

En particular los artículos 1°, 2°, 3°, 4° y 5° pasan sin discusión.

Sobre el 6° observa el—

Sr. Castellanos—Me permitiria indicar á la Honorable Cámara una lijera modificación en este punto, cual sería fijar un tiempo para que las autoridades provinciales pudiesen establecer su capital, ó salir de la ciudad.

Las mismas razones que han mediado para que las *Autoridades Nacionales* no pudieran subsistir en donde subsistia una *Autoridad Provincial*, con jurisdicción esclusiva, hay tambien para que las Autoridades Provinciales no puedan subsistir mas tiempo allí, haciendo inmensos males á la Provincia.

Con este motivo, indicaria á la Honorable Cámara que se fijara un tiempo, estableciendo en vez de *hasta que se trasladen al lugar que sus leyes designen*, las siguientes palabras: *por el término de dos años*.

Sr. Ministro de Guerra y Marina—Yo voy á oponerme, señor Presidente. . .

Sr. Rojas (A.)—Permitame, no sé si ha sido apoyada la moción. . .

Sr. Gil Navarro—No ha sido apoyada.

Sr. Rojas (A.)—Por consiguiente, no hay discusión.

Votado el 6° es aceptado.

Los artículos 7°, 8° y 9° lo son igualmente, quedando sancionado definitivamente el proyecto.

PROYECTO DE CONVENCION

Se pasa al proyecto disponiendo la convocatoria de una Convención.

Votado en general, el Secretario proclama: *afirmativa en general*.

Sr. Bouquet—El Secretario ha proclamado equivocadamente la votación. Yo he votado en contra.

Sr. Presidente—Se hará constar.

En discusión el artículo 1°;—no haciéndose observación se vota y es aprobado, lo mismo que el 2° y 3°.

En discusión el 4°.

Sr. Plaza—Yo propondria una modificación en este artículo, repitiendo las escepciones que aquí se